

# *La Víctima*

## *Una actitud respetuosa*

El creyente sabe adonde va cuando entra a la iglesia: va al encuentro de Nuestro Señor Jesucristo. Al entrar a la iglesia les dice a todos sus quehaceres diarios, al igual que San Bernardo: “Quédense en la puerta. Siento la necesidad de buscar consuelo y fortaleza en Dios”.

Actúe de la misma forma. Usted ya sabe cuanto tiempo va a pasar en la iglesia; no viene para un asunto de negocios. Y si le molestan las distracciones y preocupaciones, simplemente déjelas afuera y no se ocupe de ellas. Persevere en la oración y haga actos de reparación y de respeto. Adopte una mejor postura corporal y permita que Nuestro Señor vea que usted detesta las distracciones. A través de su actitud respetuosa, aunque se distraiga, estará proclamando la divinidad y la presencia de Jesús; aunque solamente pueda hacer eso, estaría haciendo bastante.

Observen a un santo cuando entra a una iglesia: entra sin preocuparse por los que ya están allí; se concentra en Nuestro Señor y se olvida de todo lo demás. Al estar frente al Papa, no pensaríamos en los cardenales u obispos que puedan estar allí. Y en el Cielo, los santos no pierden el tiempo honrándose los unos a los otros; todo el honor y gloria es para Dios. Imitémoslos; Nuestro Señor debe ser el único a quien prestemos nuestra atención en la iglesia.

Permanezca en silencio un momento después de entrar a la iglesia. El silencio es la mayor muestra de respeto; el primer requisito para la oración, es el respeto. La mayor parte de nuestra sequedad y falta de devoción en la oración se deben a nuestra falta de respeto por Nuestro Señor al entrar a la iglesia y a nuestra postura corporal irrespetuosa.

Por lo tanto, resolvamos firmemente desarrollar en nosotros ese respeto instintivo; no tenemos que apelar a la razón para ello. ¿Acaso Nuestro Señor tiene que demostrarnos su presencia cada vez que entramos a la iglesia? ¿Acaso tiene que enviarnos a un ángel para decirnos que está allí?

## **La prueba de que yo creo**

Ese respeto es la profesión solemne de nuestra fe y, al mismo tiempo, es una gracia de piedad y de fervor; pues Dios castiga las irreverencias cometidas en su santuario debilitando nuestra fe y retirando de nosotros la gracia de la devoción.

Por lo tanto, tengamos seriedad en lo que se refiere a la reverencia en la adoración. Que nuestra conducta sea digna y nuestra actitud, religiosa; observemos un estricto silencio, un absoluto recogimiento de los sentidos. En la iglesia nuestra atención debe de estar centrada solamente en Jesucristo, ignorando totalmente a nuestros amigos. Jesús debe serlo todo; la atención de la corte debe enfocarse en el Rey; sólo a El se le deben honores. Al ver esta profunda y religiosa reverencia, los mundanos se verán forzados a decir: “¡Aquí hay algo grandioso!”. Los débiles y tibios se avergonzarán de su indiferencia y le rendirán el justo homenaje a Jesucristo; pues el buen ejemplo es la lección primordial de sabiduría y el apostolado que da más frutos.

Antes de dejar la presencia del Divino Maestro, agradecámosle el habernos recibido con amor. Roguémosle que nos perdone por nuestras distracciones e irreverencias. Ofrezcámosle como homenaje de lealtad una flor de virtud, un ramillete de pequeños sacrificios. Luego salgamos de la iglesia como quien sale de la Casa de Dios; dejemos a Nuestro Señor como el ángel que se aleja del trono de Dios para llevar a cabo sus mandatos divinos.

## **Los mayores pecados contra la Fe**

Santa Teresa acostumbraba a decir que ella gustosamente daría su vida por la más pequeña de las ceremonias de la Iglesia; ella comprendía lo preciosas que éstas eran. Permitamos que los adoradores las vean por lo menos con respeto, devoción y amor.

¿Por qué somos menos sensibles cuando el honor de Nuestro Señor está en juego que cuando nuestra insignificante dignidad lo está? Nada podría ser más absurdo. Nuestra dignidad, de hecho, nos viene nada menos que de Dios. Por lo tanto, cuando permitimos que se le pierda el respeto a Nuestro Señor, destruimos

el respeto que se nos debe a nosotros.

¡Oh! ¡Si Nuestro Señor nos castigara por nuestra falta de respeto tal como lo merecemos!

Dios hizo que sus ángeles azotaran a Heliodoro (2 Macabeos 3) por profanar su templo; pero aquí hablamos de algo más que del templo.

Por lo tanto, tan pronto estemos en su presencia, brindemos a Nuestro Señor el primer homenaje de un sentimiento de respeto. No somos más que unos pobres diablos si permitimos que nuestra falta de atención y de cuidado precedan a este homenaje.

Sí, nuestros mayores pecados contra la fe provienen de nuestra falta de respeto. Debido a la forma descuidada en que rezamos, adoramos y visitamos a Jesús, nadie sospecharía que Jesucristo está presente en nuestras iglesias.